



El sol se esconde detrás de las colinas. Colinas que esconden cómo decirlo... los brazos desesperados del ocaso. Movimientos como si se hundieran debajo de la raya sinuosa de una pileta llena de agua. Me duele mucho la cabeza y estoy confundidísima porque el gran reloj recién marca las tres de la tarde. "¿Dónde estoy? ¿Dónde estaré?" Mirando para todos lados me doy cuenta que estoy en un lugar desconocido de verdad, bajo la sombra de un castillo muy antiguo, tal vez un castillo medieval. Éste es el gran reloj, su sombra marca el fin de una etapa de mi vida. El secundario abruptamente ha terminado. Es hora de cambiar, de hacerme una mujer liberada o independiente. Las agujas de la Fe me han empujado a esta bifurcación en el camino. La aguja grande de la cruz del Señor y la pequeña. Mis compañeras quedaron en minutos, como corresponde a los grandes cambios, del otro lado de la chimenea. María Esther ya no comandará la maquinaria de mis actos. Bajo la cabeza, sonrío y susurro bajito "Chau vieja chota". Su educación bajo el lema "No saben, ni nunca sabrán nada acerca del amor" es un libro viejo... un pequeño manual pasado de moda, que como le corresponde también a la moda, en minutos se disuelve. Lo primero que decido hacer... es armarme un cigarrillo con lo primero que encuentro al alcance de mis manos. Papel de biblia y hojas secas de diente de león. Fumo despacito para probar, pero la amargura de lo silvestre me hace toser. Egf ogf. Apago el cigarro y me pongo a contemplar la construcción... Aparentemente el castillo está abandonado. La maleza crecida sobre la puerta es el dato que me da esa impresión. También hay cajas llenas de papeles y restos de sábanas sin lavar, el basurero se ve que no pasa hace años. Tal vez todo el valle esté abandonado hace ¿siglos? No. Tanto no ha pasado. Si no los

papeles estarían apelmazados por la lluvia y parece que sí ha llovido en estos años porque la vegetación está radiante y resplandeciendo. La soledad no me asusta. Recuerdo a Florencia y la extraño. Luego recuerdo lo su novio y no quiero extrañarla más, a cambio de eso lloro poniéndome las manos en las mejillas. Lloro bastante, no sé cuánto pero sí estoy segura que mis lágrimas quedan suspendidas de pequeñas telas de araña, que hacen que la cara me quede seca. Luego de la descarga, tomo coraje y decido pararme empujando el suelo con mis manos para emprender esta nueva etapa. Los monos alguna vez se empujaron igual que yo y les fue muy bien. “Vamos que tengo que recorrer este castillo infinito y buscar a los míos. A los que se parezcan a mí. No me voy a conformar con fumar estos cigarros horribles, ni hacer de esta caja llena de papeles mi casa. No cubriré mi cuerpo recién salido del horno con estas sábanas usadas por quién sabe quién. Por lo menos quiero saber con quién me acuesto si me acuesto en esos trapos manchados de algo medio beige”. De repente me inunda una reflexión “¿Y si estoy muerta?”. El lugar es llamativamente extraño y mi llegada a través de una chimenea me parece por momentos sospechosa. “Seguramente haya en este castillo un salón de baile con espejos donde mirarme para ver si aún estoy con vida”.

El silencio del lugar es conmovedor... Mágicamente se me prenden los pies, guiados por una fuerza extraña parecida al deseo. La puerta aparentemente infranqueable se abre sin vacilación dibujando en el polvo del piso dos arco iris de bienvenida. La maleza vuelve a cerrarse como una reja. Continúan avanzando mis pies hacia adelante, hacia una importante recepción cuyo piso no está para nada sucio. Hay una escalera de madera tallada en el medio del hall central. Escalera que asciende y desciende en forma de espiral. Una hilera de peldaños va hacia arriba y otra hacia abajo. En el medio una cuerda de grosor normal que interpreto es para pasar de una dirección a la otra. Calculo más o menos, asomándome al agujero y puedo darme cuenta de que estoy como en el piso 12 y hay como diez pisos más hacia arriba.

Motivada por una inmensa curiosidad y porque para ir hacia arriba no tengo que saltar por la cuerda, decido ir hacia allí. Al subir un piso encuentro apoyado en la baranda un vestido muy simple de corte a la cadera, en gabardina color verde, sin mangas. Con tres tablas en la parte de adelante de la falda y una en la parte de atrás. ¿Para qué dudar? Me lo pongo. Agradezco bajando la cabeza y entrecruzando los brazos. Sobre el suelo hay un bolso de jean que contiene una toalla ¿Para qué dudar? Lo agarro porque me parece muy útil tener dos, ya que si me llego a quedar a dormir aquí, una va a servirme para secarme luego de la ducha y la otra para taparme en la noche. Subo un piso más y encuentro una carta de naipes en el piso dada vuelta, la alzo y es un dos de pique. ¡Qué alegría! La meto en el bolso. Subo oootro piso y encuentro una billetera llena de billetes escritos en un idioma antiguo que no muestran bien las caras de sus próceres. Parece mucho dinero pero desconozco totalmente el tipo de cambio. La guardo. Dos pisos más arriba encuentro una llave. “Esto sí que es útil.” En el piso siguiente la pruebo en la única puerta que hay. Inmediatamente suena una profunda campana que hace que la puerta se entreabra. Tengo que ayudarla con mi cuerpo de tan pesada y enorme que es. Me pongo el bolso debajo del brazo izquierdo y le doy con todo mi flanco derecho. Al avanzar unos pasos dentro del recinto, veo que envuelta en un rayo de luz, posada su existencia humana y celeste en el umbral de la ventana, se encuentra Teresita del niño Jesús. La más linda de las santas y objeto de culto de mi fanatismo místico. Al verla retrocedo rápidamente escondiéndome detrás de una columneta de mármol gris. Ella no me ve. Aprovecho la situación para tomarme tiempo y pensar un poco. No me siento preparada para encontrarme con ella. Tengo que evaluar qué decirle. Unos meses atrás compartía mi fascinación por ella con una réplica a su imagen y semejanza hecha en yeso. Me avergüenzo. “Menos mal que no avancé”. Y ¿si a ella —la de verdad que está aquí— de alguna manera —todo es tan extraño y posible— le llegó la vibración de los actos extravagantes que cometí con su réplica rígida? Siemp

entregué a suponer que mi Teresita de yeso era de verdad, siempre sentí que su boca correspondía mis besos. Pensaba que esto sucedía porque todas las Teresitas en todos los tamaños y diseños del mundo eran Teresitas verdaderas. Pero ahora que estoy con la 100% de verdad, esta teoría no me conviene. ¿Y si a ella no le gustaron mis besos? ¿Y si ella en realidad no quería que yo la besara pero por su condición no podía negarse? Me podía llegar a querer matar o como poco iba a enojarse muchísimo conmigo o echarme tal vez... y ¿a dónde iría? Aparte, en realidad, quiero seguir siendo su amiga...y esta oportunidad... y por qué no, si ahora ella... es decir... ¿y si yo le gustaba?... Por ahí algo en estas nuevas circunstancias pueda pasar... Pero por las dudas si llega a sacarme el tema le negaré todo.

## Conocer a quién admirás

*Mi nombre es Dalia Coraje. No he nacido ni para la oración ni para la mortificación, y a la vez es lo que me sale por eso tengo tan buena reputación entre las santas. Santa Teresita, tan linda... recuerdo su rostro sexual, mirado a cámara, mirando a Dios, mirando a todos. La cámara infinita que todo lo incita y ella, una santa que se negó a todo para entregar una imagen perfecta de sí misma, a las heraldas de la pasión. Ejércitos de velas a sus pies. Encendidas las llamas del deseo. Y yo la tuve entre mis manos ya sea de yeso, ya sea de lo que fuera. La textura suave y dura de su ropaje. Mil veces quise levantarle con mis ojos su túnica cónica. No era sexo lo que yo pretendía... era amor. Era el amor perfecto de Dios a través de su santidad sexuada. Oh... Señor, tu sierva. Sólo quiero ser feliz, perfecta y dulce. Ella lo sabe y por eso es santa. Dios es el mal necesario para que sea posible su belleza. Y ahora ella aquí, parte de mi sueño real. El mal hecho carne para que la bondad sea conquistada.*

Me acerco un poco más caminando. Como todavía no existo para ella no tengo sonido. Para poder pasar de la dimensión espiritual a la carnal tiro un pequeño bollo de papel. Ella mira hacia abajo y lo levanta. Sus ojos recorren el trayecto que el bollito hizo hacia ella pero en dirección contraria. En ese momento el paredón invisible que nos separaba se deshace y mi cuerpo se revela ante el suyo. Ella se acerca y me dice:

—¡Bienvenida!

—Hola... por el olor a rosas usted debe ser Santa Teresita.

—Mi cuerpo está totalmente construido de pétalos de rosas rojas prensadas. Estas piernas —las golpea y suenan a madera—. ¡Luego magia que me da esta apariencia natural!

—¡Rosas blancas, rosas de todos los colores, doblo mi rodilla y la apoyo en el piso en honor a la presencia de su ser!

—El ejercicio de la templanza has venido a buscar. Y más de una sorpresa te has de llevar.

—Usted, magnate de lo inmaterial. Tienes arcas llenas de virtudes. La más rica. La señora de la Señora. Señora y mamá.

—Te equivocas jovencuela. Mamá yo no soy, soy la Madama de las penumbras elegantes. A este castillo vienen sólo personas mayores de 18.

—Disculpe Señora, de donde yo vengo mamá es un adjetivo positívísimo.

—Mire jovenzuelilla, no soy yo ni Señora. Podés llamarme Teresita a secas y tutearme.

—¡Otra rodilla apoyaré en el suelo! Bajaré mi cabeza ¡Alabanza! ¿Usted no es la Señora del único Señor?

—Ni Señora ni Señor. Señorita bien educada por el Señor.

—¡Oh! ¿Qué haré? ¿Estallará mi corazón de felicidad señorita? Usted no puede, ni debe imaginar lo que se produce en mi cuerpo al pronunciar la palabra señorita. ¡No! ¿Acaso moriré?

—¡Templanza!... ¿tu nombre?

—Rosetti, Dalia.

—Encantada señorita Rosetti.

—¿Tutearla? ¡Las rodillas en el piso y ahora las manos!

Un, dos, tres la trae Dios a mi ser. ¡Llamarla sin tú, sólo de vos? ¿Y si dejara de verla como a una Santa? Usted no sabe nada de mí. ¡Oh... padece mi alma! El fuego comienza a elevarse y a entrar por las ventanas. Vengo huyendo, ¿sabe hermana menor del niño Jesús? Sin respeto... es como que se acabara el canto. El ritmo. La melodía que nos mantiene dentro de nuestros cabales.

—Vamos... hazlo. Atrévete. Pasemos a otra canción. Una canción que hable de la vida.

—¡Que se haga!

—...

—Hola Teresita.

—Hola... encantada de conocerte Dalia.

—¡Qué castillo tan alto!

—Sí. Tiene 22 pisos pero están casi todos abandonados

porque no damos abasto a limpiarlos así que sólo habitamos el piso 21, el 22. Es tremendo tener que limpiar tanto.

—El polvo existe para enterrarnos. A veces la reproducción de la mugre me hace sentir como una muerta viva. Tenés razón, mejor menos pisos, menos trapos, menos gastos.

—Jajajjjajaja ¡Qué exagerada!

—¿Vivís sola?

—No.

—¿Con quién más vivís?

—Con unas amigas Juana, Teresa, Rosa, Florencia y Clara.

—...

—¿Las conocés?

—Creo que sí... bah... si cada nombre lleva adelante un santa ¡Juro que sí!

—Con un santa todas, menos una.

—Entonces sí, supongo que las conozco a todas.

Todo en el castillo es pintado o parece serlo. Las ventanas y el cielo son bidimensionales. Pero debe ser una ilusión. Nadie es capaz de pintar algo tan grande, o bueno Dios sí. Él ya ha hecho miles de cosas mucho más grandes y complejas pero esto no parece obra de su mano. Parece como que el paisaje y el castillo estuvieran dentro de la imaginación de Dios, por lo tanto nosotras también lo estamos. No es un sueño, somos seres tan reales como la fantasía que irradia cualquier ser. Las nubes pasan cerca de nuestras manos. Yo estiro los brazos para tocarlas. Teresita me agarra fuerte del vestido para que no me caiga, porque mi entusiasmo me atrae hacia el abismo. Son como copos suaves de hielo seco. Blancas, blanquísimas todas del mismo color blanco.

—¿Por qué pasan tan cerca las nubes?

—Porque sí.

—Me gusta mucho tocarlas. Nunca había tocado ninguna.

—A veces son un poco frías, otras vienen sucias con tierra.

Las nubes son ovaladas y, aunque suene obvio pareciendo que estoy inventando, tienen forma de candados.

—¡No! No son candados —dijo ella adivinando mis pensamientos— son carteras llenas de dinero.

—¿Dinero?

—Sí.

—¿Y para qué quieren dinero ustedes si son santas?

—El dinero es para los pobres.

—Oh...

—Pero aún está en estado gaseoso y cuando llegue abajo tendrá forma de corazón.

Santa Teresita usa el cabello bien largo. Nunca lo hubiera imaginado. Éste se apoya suavemente sobre sus hombros para salpicar apenas y caer sobre sus pechos cubiertos de fina pana negra. No pana, sino esa tela que usan los santos que es modesta y moderada. Nada de jopo ni flequillo. Raya al medio perfecta, hecha con un peine láser. Cejas sin depilar para potenciar una mirada incisiva, inquisidora. La mirada de aquellos que nacieron para ser dominados y seguir las leyes divinas. La raya al medio le parte el rostro, el cerebro y el espíritu. Pero no los parte para dividirlos si no para multiplicarlos. Una mujer elevada al cuadrado. Pestañas cortas, muy cortas. Más que pestañas parecen el cepillito de un rímel. Son pestañas para engrosar a los demás. Muy divina en lo terrenal y en lo celeste. ¿Un peligro? Un desafío para mi

pequeña voluntad. Cero yeso. El olor de su cuerpo está perfumado pero también hay piel en esa madera de pétalos. Piel real para acariciar con estas manos que no serán santas pero que tienen su bondad.

—Me parece que nos conocemos... ahora que te miro... me pareces conocida.

—... —La miro sorprendida, hay que contrarrestar la verdad con sorpresa.

—Yo frecuento varias Iglesias, pechos, alhajeros y billeteras. ¿Acaso no has pasado alguna vez por la Iglesia que está sobre la avenida Belgrano?

—Sí. Por ahí pasé... De hecho creo que sí he pasado. Kejem kejem... He ido a pedirte mil cosas, para que intercediera Tu gracia ante el Sultán del cielo. Pero aquí estás tan diferente... ¿No usás la cofia? Pensé que tendrías el pelo corto.

—No, no. Sólo la usamos en los rituales o cuando hace mucho frío. Pelo largo, bien largo y oculto para los que no me conocen.

—Entonces... ¿Ahora nos conocemos?

—Sí. Y estoy re contenta de que hayas venido... Este palacio, a veces tan sombrío... La altura de los techos. No sabés Dalia lo que es ser una Santa.

—¿Qué? ¿Qué? ¿Qué!

—Ah... por ejemplo los domingos con gente llorando y una... sabés. Nosotras debemos ocultar nuestros cuerpos con ropas diseñadas por gente que no sabe lo que nos gusta, para darle vida a la imagen que la gente quiere tener de nosotras. Somos casi prisioneras perooooo no nos quejamos casi nunca y, en el fondo, somos felices porque hemos elegido ser lo que somos con cualquier ropa. Peroooo a veces sufrimos de tristeza y de martirio egoísta.

—Pero ¿Dios no las consuela?

—¡No! Nosotras nos negamos a todo tipo de consuelo. No somos ni dignas del Señor. Sólo nos visita el amor que es la manifestación de Dios.

-A...Y las demás ¿dónde están?  
-Están en el gimnasio.

Me pongo toda roja. Me parece ¡tan raro! ¿Cómo serán los cuerpos esculpidos de las santas? ¿Tendrán pechos grandes o pequeños? ¿Se depilarán el sexo? Tal vez en forma de cáliz o de cruz. Pelitos pelirrojos, marrones o moteados. Las chicas rubias los tienen pelirrojos creo. ¡Cruces de fuego! "Oh... Dios siempre me has conducido por lugares tan lindos. Tengo que confiar".

-¿Quieres quedarte a dormir en el castillo esta noche?

-Sí, se lo agradecería muchísimo, porque ya es tan tarde y realmente siento que debo estar muy lejos de casa.

-Te dije que me tutees...

-Ay... sí. Perdón. Me distraje.

-Dalia, estás en Yostemia. ¿Sabés lo que significa eso?

-Ni idea.

-Significa que no podrás volver más a nada de lo que conocías así como lo conocías.

-Pero ¿yo estoy viva?

-Sí, absolutamente. Perooooo... Algunas cosas verás que han cambiado. María Esther en complot con tus ex compañeras del secundario te mandaron aquí. Igual, aún no lo lamentos.

-¿La conocés a María Esther?!

-No y sí. Justo estaba parada en la repisa de su oficina cuando te guió hacia la chimenea y lo vi todo. Lo siento, no pude hacer nada.

-...

-Tus ex compañeras y ahora exs todo de la vida...

-¿Flores también lo hizo?

-... -baja la cabeza-. Lo siento.

-Pero, ella me defendió. No me queda claro qué es lo que sientes. Es decir, aquello que te apena de mí. ¿Podrías explicarme?

-Tú, Dalia. Te haré una pregunta. ¿Has leído el *Tao*?  
-No, jamás. Yo nunca he hecho algo malo. ¿Por qué?  
-No puedo explicarte lo que es esto. Si te lo explicara ya no sería lo que en realidad es. Nadie podrá decírtelo. Puedo mostrarte hechos pero tú, sólo tú podrás interpretarlos y lo que interpretes será lo que es.

-...

-No es tan malo.

-¿Pero cómo me sentiré segura?

-Como te sientas en cada momento es lo que importa.

-Pero...me siento MAL. ¿Dónde estoy? Dímelo por FAVOR. Te lo ruego, te lo imploro, te limpio todo el castillo, te peino el pelo, lo que tú desees, pero dímelo.

-Estás en Yotemia. No tengo nada más que decirte.

Viajarás, conocerás chicas. Todo, peroooooo diferente.

-Ese peroooo me mata. No estaré muerta perooooo me clavaste una daga con esta noticia que no sé qué significa.

-Si no sabés que significa, ¿Por qué te atormentas?

-Me pone mal y no entiendo cómo no me entendés.

-Te entiendo sólo que no me pongo mal.

No puedo expresar, no existe en mi vocabulario una palabra para decir lo que no entiendo. ¿Yotemia? Ella dijo que nada sería como había sido, así que esto no es un país, ni un continente, menos un barrio. ¿Será que tiene que ver con algo del yo? O me suena también a anemia, abstemia. ¿Será que ya las palabras no se refieren a las mismas cosas? Cuando ella dice nubes y veo eso que me parecen nubes, ¿serán nubes? Mientras pienso en estas cosas o lo que fuera que son, siento en mi mano su mano que me guía por un largo pasillo hasta una puerta abierta

-Dalia ¿te gusta?

-¿Qué? Sí, ¿Qué linda! Qué linda... ¿silla?

-Es tu habitación. Aquí dormimos en sillas porque favorece la circulación de las piernas, evitando de esta manera las várices prematuras que quedan tan mal, pero no te asustes



que al acostarte se sienten como camas de dos plazas. Hasta mañana.

¿Estaré en el mundo de las comillas? Desde hace un rato en adelante mi vida es un entrecomillado permanente. ¿Habitación? ¿Silla/cama? Y no sofá cama. Esto es una "cama" y una "silla". Teresita se fue y me dejó llena de interrogantes. Tengo que adaptarme lo más rápido que pueda a esta situación para no padecer, para que esto no se vuelva una obsesión. Por primera vez en mi vida vivo sola, aunque sólo sea por una noche. ¡Lo que tuvo que pasarme para irme a vivir sola! Bue... tampoco tengo que quejarme de todo. Esto es positivo aunque no sepa en qué nivel de existencia estoy. Hay que aprovechar, así que voy a arreglar bien linda la que para mí es mi primera casa. Acomodo mi bolso en el placard y barro el cuarto con un escobillón que encontré ahí nomás, que es de una calidad que nunca había visto. "¿Qué más puedo pediriiiiir?!" . Eso es la felicidad en este momento para mí, estar conforme y entusiasmada. El escobillón es tan suave que parece una enceradora. Y tan genial que no es necesario usar palita. Limpio la silla y la cubro con la toalla. "¿Qué emoción! Mi primera cama". Pienso nuevamente en mis ex/ex compañeras como dijo Teresita y sobre todo en mi ex/ex Florencia "¿Para qué las quiero si ya no tengo opción y ahora estoy en... Yotemia?".

En la pared hay una rajita. Al limpiarla con un cuchillo se va agrandando hasta formar una ventana. ¿Sabrán las santas que aquí hay una ventana? Intento abrirla pero no puedo. Busco algo en la celda como una laja o una teja, para poder golpearla y no encuentro nada. Tomo un tronco de la chimenea. La golpeo con fuerza. Le pego diez veces para que la maldita se abra y no me hace caso. Hasta que luego de unos minutos la abertura cede ante mi persistencia. De repente empiezan a entrar decenas de nubes con aroma a rosas, que me acarician humectando mi piel. Nubes de crema gaseosa que flotan alrededor de mi cara, mi casa y que, sin darme cuenta, me guían hacia afuera. "Dalia, Dalia... ven con nosotras que te convertiremos en una santa como ellas".

Inspirada por el cielo que se ve de un blanco luminoso me dejo llevar. Despego del piso y cuando comienzo a sentir las primeras vibraciones del bien supremo, siento que algo me sujeta el zapato. Sacudo fuerte mi pie para deshacerme de eso que sujeta mi pantorrilla. La desgracia o la fortuna, aún no sé, me hacen caer sobre el piso. La ventana se cierra por orden de una voz... "Cerradse". Todo desaparece, hasta la raja que yo había limpiado. Sólo queda una pequeña nube envolviendo mi nombre que no deja de moverse. Le grito a la nubecita "¡Deja a mi maldito nombre tranquilo!" Cuando en realidad quise decirle "¡Maldita, deja a mi nombre tranquilo!" pero estoy tan enfurecida que la impostación de la voz me juega una mala pasada. La nube no me hace caso, así que avanzo hacia ella para ver si palmeándola se disuelve, pero ¡es demasiado dura! así que tengo que volver a recurrir a la violencia del tronco, y dándole fuerte la derribo. Ohhhhhh... pero al derribarla... Ohhhhhh, también he tirado abajo mi nombre, que queda irreconocible sobre el piso. "Bueno –me digo– ya que no tengo nombre y que no soy lo que era ¿Qué nombre me puedo poner?" Rearmo Daia con las letras que quedan en buen estado. Pero como no me convence, tomo una astillita del tronco y me hago la ele que me falta. Al fin queda mi nombre perfecto a lo Yotemia.



*Oh... hoy ahora. Antes estaba contenta y ya me he vuelto triste. Sin nombre ni edad mi tristeza característica me acompaña. A pesar de todo sigo siendo yo. Alzo la vista para ver más allá de todo y es tan poco lo que puedo ver. Canto... una canción. Escucho flautas y trompetas. Canto una canción moderna de hace mucho, que por eso es tan actual. Una melodía que habla de tomarse las manos y de amor. Mirad, mirad porque gracias a la vista podeis leer y soñar y viajar. Y cantad conmigo... Oh, he viajado mucho y muy raro, Oh... es verdad, no sé dónde estoy. ¿Acaso sé dónde me encuentro?*

Me despierto a eso de las 6 de la mañana luego de una noche única. Caí directamente en dos sueños y pesadillas sin dormirme, pero los movimientos de mi cuerpo en el sueño me hacían descansar. Trotaba y llegaba al estado alfa, corría y arribaba al omega. Ahora quisiera recordarlos para ver y chequear si recordar es igual a soñar. Tal vez sea lo mismo pero recordando una se cansa, ya que estamos despiertas.

Lo que me vino en la noche me vuelve a venir. Mi papá y mi hermano mayor vinieron a visitarme en jeep. Sobre una montaña quemada volaba un hermoso cóndor que perdió a su familia. Mi papá me decía "No tengas miedo que los cóndores sólo comen animales pequeños". Éste cada vez volaba más bajo. Sus garras proyectaban sombras que a medida que se hacían más grandes nos ajaban el cuerpo como si fuésemos muñecos de trapo. Todos se morían menos yo, que aunque estaba toda rota no tenía sangre.

Abro los ojos un microinstante y al cerrarlos viene el segundo sueño que es más importante: me enamoraba de un hombre piano. Un hombre cuyos dientes eran el teclado de un

piano de metales costosísimos. De oro las negras y de plata las blancas. Su sonrisa era el cielo para mí ya que sabía tocar bellas piezas. Estábamos en un living con piso de madera con desniveles. Su cara parecía un mueble de madera laqueada. Y era sólo a través de su boca que se podía ver el living. Lo amaba pero me daban mucha impresión sus besos ya que de cerca la música era ruido. No dejaba de autoreprocharme esto. Él no entendía lo que me pasaba y se ponía cada vez más triste. No quería explicarle por miedo a lastimarlo. De la amargura el hermoso joven se metía en una vitrina de cristal para mostrarme cómo mordiéndose arruinaba su instrumento.

Ahora que lo recuerdo me doy cuenta de que lo que soñé era así, recordado. Es muy raro cómo los recuerdos por más que sean en pasado se viven en el presente. En fin. ¡Qué importa! si me siento perfecta, más descansada que nunca. Me arreglo el pelo y el cuerpo desarreglado por el cóndor. Al terminar abro la puerta de mi cuarto para aventurarme a investigar el castillo.

Parece un hotel por los techos bajos y el piso alfombrado. Es tan silencioso que me pone muy contenta: nadie podrá escucharme así que podré husmear libremente. Voy descalza, es tan divina la alfombra. Parece un cine moderno. Las puertas son de vaivén con dos hojas pequeñas. Combinan con la idea de la escalera caracol y su soga. Abro una y cierro la otra. No hay nadie por ningún lado. Eso me alivia pero también me aburre. Sigo caminando. Me tiro en el piso y es tan confortable, ah... ¡qué lindo! Hay una puerta que está abierta, arrastrándome me asomo. Una chica fuma en la cama, mientras mira el techo. En el piso está tirada una sotana de monja que parece una caca de perro. En la pared un diploma y una foto con muchas chicas formadas en tres hileras. El resto de las paredes dibujadas en birome. ¿O serán poemas escritos? Hay cajas de frutas vacías que no me dejan ver bien. Me meto más adentro ocultándome detrás de las cajas. Lo de las paredes son listados poéticos de nombres de chicas, combinados de mil formas. Probablemente la que está en la cama es una santa. Uau... ¿cuál será? Esta es más sexy

que Teresita, que no es lo mismo que me guste más. Pero sí me entretiene más mirarla. Prende otro pucho y me agarran unas ganas tremendas de fumar sus cigarros. Tienen muy buen olor y su humo es blanco. Yo que apenas pude probar la basura que me hice en la puerta del castillo ¡Quiero de estos! Ella gira en la cama. Mientras sostiene el pitillo con la boca, con la mano derecha escribe en la pared. El paquete queda de mi lado. Me estiro tanto que con la puntita de mis dedos llego a tomar un cigarrillo. Ahhh... lo tengo, es mío. Ahora lo que me falta son dos cosas también importantes. El fuego y un lugar donde poder prenderlo. ¿Se podrá fumar en cualquier zona del edificio? Por ahí este tipo de tabaco, que no es como el que yo conocía, sí se pueda. No sé, lo tengo. Así apagado también es genial. Ella está tapada por una sábana muy liviana y fresca. Apenas se mueve la tela vuela dejando ver partes de un cuerpo delgadísimo. No alcanzo a ver si tiene o no puesta bombacha ¡Qué importa! Escribe y canta tan bajito que no llego a escuchar la letra. ¡Qué pena, che! Pero se me ocurre que tal vez pueda subir el volumen de la escena corriendo el riesgo de que ella también pueda escucharme a mí. Con la mano giro una perilla invisible y la canción dice así:

*Mi nononombre es Clara, he nacido en Asís. Mi padre es un caballero riiiiicoooo y y y poderoooooo.  
Mi mi mi madre Ortolana una cristiaaaaana, mujer de familia nooooble y feudal.*

*He nacido paaaara encarnar el gran desagrado que me prooooooouuce el muuuuundo, por eso casi no hay mundo en mí. En mis huesos encapsuuuulado está, la la la tentación de tooooooda la humanidad. Mi nononombre es Clara...*

No hace falta aclarar que es Clara de Asís. Ella misma lo dice dando detalles específicos de su vida privada que yo desconocía. Me gustaría tener ahora uno de esos cuadernillos con las vidas de los santos, de esos que son para niños

preadolescentes, con historias cortitas e imágenes. Esta escena tiene el mismo clima de ensueño de aquellos viejos libros, pero es más para mayores de 14 –de ahora. Vuelve a prender otro pucho. ¿Dónde está tirando las colillas? Gira bien para mi lado y su delicada mano baila con el humo al ritmo del tema. Toda ella es amarilla pastel. Es como una torta de banana con crema ¡Qué belleza! Esto me hace recordar cuando “Banana” hizo un recital en el Santa Etnhea y algunas chicas, en las canciones más conmovedoras, prendían sus encendedores en libertad porque, como estaba todo oscuro, los directivos no se daban cuenta quiénes eran las chicas rebeldes que se animaban a hacer algo diferente fumando a los 15. Clara también se anima a ser diferente tal vez en el sentido opuesto, acatando las normas, haciendo de ellas un deporte extremo. Tal vez esto de fumar sea un castigo que se autoimpone por fumar.

Juega con el humo. Y gira para el otro lado a tirar las cenizas. Miro el cielo, me doy cuenta que está oscureciendo ¿Será que ella repite estos mismos movimientos como un rezo? Vuelvo a ver su cara cada vez más ida. Tengo un plan. Cuando se dé vuelta para el otro lado tomaré coraje y me meteré bajo su cama, así llego al encendedor que está en el piso. Lo hago. Prendo mi pucho. Ah.... ¡qué rico! Cuando tiro el humo por el costado de la cama correcto –me doy cuenta para qué lado apunta su cara por el ruido que hace el colchón de resortes– ella deja de cantar los tres *mi mi mi* de la canción para seguir cuando mi humo se desvanece. Todo va sobre ruedas, lo estoy logrando. Tiro más humo, pero ahora escribo con él su nombre y el mío. Ella para cinco compases y me tira a través del colchón una nube de humo que dice “¿Te conozco?” Le contesto cantando *No me conocees pero te lo puedo deeeeciir*. Ella, santa, ignorándome vuelve a su canto ahora más contenta, girando de un lado al otro a mayor velocidad. Prendiendo y apagando cigarros sin parar. Haciendo bailar sus manos con su humo que ahora está impregnado con el mío. Ella, discreta, no me mira cuando parto gateando. Y sigue hechicera hechizada hablando sola, contándole a Dios quién ella es.

Salgo. Sigo chusmeando las puertas entreabiertas. A las cerradas sólo les apoyo la oreja, y si lo que escucho me gusta me quedo. En una de las tantas aberturas prohibidas escucho una canción hablada. Es Teresa grande con otra de la que no sé el nombre. Teresa canta en un idioma incomprensible, pero que me suena tanto que lo tengo en la punta de la lengua. Lo que intuitivamente interpreto –que según Teresita es lo que vale– es que hay algo con un caballo. Ambas sudan, están preocupadas. ¿Tal vez se les escapó? ¿Tal vez se lo han robado? Teresa cuenta la historia con su guitarra antigua llorando por momentos, aterrada en otros. Me gustaría entender al pie de la letra el texto que hace llorar a una mujer madura y centrada como ella. Si la interpretación es lo que vale, entonces voy a relajarme no para entender sino para que sus sentimientos se hagan en mí y así cuando sienta lo que ella, podré traducir textualmente las energías al castellano. Me relajo, cuento las respiraciones hasta diez y vuelvo a empezar. La guitarra entra primero para marear lo que queda de lenguaje. Ahora ya siento como ella, pero aún no termina el párrafo de sensaciones así que no puedo traducir nada. “Ahá... ohhh... ahhh... baha baha baha... noooo... nooooo... o... o... bui... baha baha... baha baha baha... baha baha baha... baha baha baha... ahhhhh...ahhhhh... Ohhh... baha baha baha... o...o...o.” Ya está, estoy entre helada y excitadísima. Quiero que alguien escuche esta canción fabulosa llena de misericordia y humanidad. No puedo cantármelo ni a mí misma porque me pueden descubrir. Pero no puedo más con estos sentimientos que no me corresponden, aunque un poco sí. Necesito volcarlo... no sé... en un papel por ejemplo. Miro a mi alrededor y veo una carta dirigida a una tal Florencia sin abrir. Me convenzo de que no debe ser importante. Agarro la astilla de mi nombre y le quemo con cuidado la puntita con una antorcha para hacerla carbonilla. Necesito escribirlo ya. Me siento a un costado y en medio de convulsiones repito la experiencia bajándola a palabras:

*Corcel, blanco y gris. Cuando saltas tu pito se balancea como una campana. Corcel, que nos llevas y nos haces tuyas en la noche. El poder de tus patas saltan, atraviesan desiertos ondulados. Se clavan en la arena y salen bañadas de oro. Cada unos segundos sucede este milagro multiplicado por cuatro. No tenemos miedo, es salvaje tu instinto. Y nos entregamos también sobre tu lomo para ser llevadas al sol. Y arder, como arden los gatos parados meditando sobre las estufas. Tu nombre está escrito en arameo en alguna célula antigua de tu cuerpo. ¿Fairitú? ¿Kutzmael? ¿Calchacrutz? Cuando Jesús viajó al desierto ¿Se entregó a tu potencia para poder enfrentar lo que vendría? Ves corcel, una vez que te han montado y que nos has montado ya no deseamos tener control de lo que sentimos.*

Definitivamente Teresa (Ávila) es muy rara. No sé, Clara es adolescente, santa y fuma. Pero ¿Teresa? Con esta canción ¿Qué? ¿Fairitú? ¿Kutzmael? ¿Calchacrutz? Ella es la que me genera más misterio con toda la historia de su padre judío y su madre muerta. Ella que se encerró a temprana edad para dedicarse al cultivo de los más altos estudios. Estudios que no pueden echar raíz en un cerebro como el mío que ni siquiera terminó el bachillerato. Algunos dicen que por las noches sale a cazar almas. Cultiva de día y por la noche caza y en algún momento del día o de la noche ella es la doctora de esta Iglesia de 22 pisos. Es la más reservada, le gusta la soledad. Camina enjaulada literalmente para ejercitar la templanza del hierro. La única cazadora que se ha cazado. En sus ojos... miedo a sí misma, por no decir interés por el diablo. Todas tienen secretos demasiado oscuros para lo que nos han enseñado sobre ellas. Son pocas pero se defienden muy bien. Han construido ladrillo a ladrillo su propio palacio, para contener su hermandad hermética. En este momento ya no me da miedo sólo Teresa, ninguna parece ser tan simple como yo creía.

## No, nada